

El Contexto

Pilar Ubilla



SALASUR

El Contexto

Pilar Ubilla





Todo el viaje de SALASUR se desarrolla en medio de una sociedad pautada por la dominación social, política y cultural que caracteriza esta etapa de la humanidad, más allá de las posibles particularidades de una pequeña localidad del Uruguay: La Floresta. Se dice que Uruguay es hoy por hoy una “isla” en medio de las crisis de toda América Latina (han bajado significativamente los índices de pobreza e indigencia y ha crecido su PBI en forma permanente según todos los datos macroeconómicos, con un gobierno progresista). La Floresta de alguna manera, también se puede considerar una isla, un balneario tradicionalmente reaccionario, sede de apellidos ilustres y católicos de las clases dominantes del país, en medio de un territorio (el departamento de Canelones) que ha ido avanzando hacia formas de vida más liberales. De allí que SALASUR genere tantas resistencias ideológicas y culturales: una propuesta contra-hegemónica de mujeres en medio del tejido más rancio de la burguesía nacional.

La dominación siempre es el resultado de una distribución desigual del poder en cuyos términos quien no tiene poder, o tiene menos poder, ve sus expectativas de vida limitadas o destruidas. Esta situación se manifiesta de diferentes maneras: desde la discriminación hasta la exclusión, desde la marginación hasta la liquidación física, psíquica o cultural, desde la demonización hasta la invisibilización. Todas estas formas forman parte de la misma unidad contradictoria.

En la época moderna, los tres factores principales de opresión, han sido: el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. El primero es originario de la modernidad occidental, mientras que los otros dos existían antes pero fueron reconfigurados por el capitalismo.

Vivimos en sociedades capitalistas, colonialistas y patriarcales. Para tener éxito, la resistencia contra la dominación moderna tiene que basarse en luchas simultáneamente anticapitalistas, anticoloniales y antipatriarcales. El siglo XX

fue de los siglos más violentos de la historia, pero también se caracterizó por muchas conquistas positivas: desde los derechos sociales y económicos de los trabajadores hasta la liberación e independencia de las colonias, desde los movimientos de los derechos colectivos de las poblaciones afrodescendientes en las Américas y de los pueblos indígenas hasta las luchas de las mujeres contra la discriminación sexual.

En nuestro país se ha avanzado bastante en la llamada agenda de derechos desde la asunción del gobierno “progresista” del Frente Amplio. Sin embargo, si analizamos globalmente la situación, los resultados no son brillantes. En las primeras décadas del siglo XXI atravesamos incluso un período de reflujo generalizado de muchas de las conquistas de esas luchas. El capitalismo concentra la riqueza más que nunca y agrava la desigualdad entre países y dentro de ellos; el racismo, el neocolonialismo y las guerras imperiales asumen formas particularmente

excluyentes y violentas; el sexismo, a pesar de todos los éxitos de los movimientos feministas, sigue ejerciendo violencia contra las mujeres con una persistencia inquebrantable.

Muchos partidos socialistas y comunistas, que lucharon (cuando lucharon) contra la dominación capitalista, han sido durante mucho tiempo colonialistas, racistas y sexistas. Del mismo modo, no sorprende que movimientos nacionalistas, anticoloniales y antirracistas hayan sido capitalistas, procapitalistas y sexistas, y que movimientos feministas hayan sido conniventes con el racismo, el colonialismo y el capitalismo.

El régimen político que se impuso como la mejor respuesta a estas opciones fue la democracia de origen liberal, la democracia actualmente existente. Ocurre que la potencialidad de este tipo de democracia para responder a las aspiraciones de las poblaciones oprimidas siempre fue

muy limitada y las limitaciones se fueron agravando en tiempos más recientes. Los ejemplos más recientes son Trump en EEUU y Bolsonaro en Brasil, ambos catapultados por el sistema electoral.

En todas partes, la democracia de baja intensidad está siendo cercada por fuerzas antidemocráticas y, en algunos países, va transitando hacia dictaduras atípicas, muchas veces basadas en la destrucción de la separación de poderes (desde Brasil a Polonia y Turquía) o en la manipulación de los sistemas mayoritarios.

Hoy, la democracia está siendo secuestrada por fuerzas económicas poderosas (bancos centrales, Fondo Monetario Internacional, agencias de calificación de crédito) no sujetas a ninguna deliberación democrática. Y las imposiciones pueden ser legales (¿y legítimas?): intereses de deuda pública, imposición de tratados de libre comercio, políticas de austeridad, *rules of engagement* de las

multinacionales, control corporativo de los grandes medios de comunicación; e ilegales: corrupción, tráfico de influencias, abuso de poder, infiltración en las organizaciones democráticas, incitación a la violencia.

La democracia es hoy servidora de los intereses imperiales, cuando no directamente uno de sus instrumentos. Para imponerla se destruyen países enteros, sean ellos Irak, Libia, Siria, Yemen o Venezuela. Está bien documentada la intervención imperialista para desestabilizar procesos democráticos dotados de algún ánimo redistributivo y animados por algún posicionamiento nacionalista para protegerse del mercado internacional depredador de recursos estratégicos, sean ellos petróleo, minerales o, de modo creciente, tierra, agua o comida. Esta desestabilización se nutre siempre de los errores, a veces graves, de los gobiernos nacionales (algunos considerados progresistas) y cuenta con la activa complicidad de las oligarquías que dominaron estos países. La descaracterización de la

democracia es tal que ya se habla hoy de posdemocracia, un nuevo régimen político basado en la conversión de los conflictos políticos en conflictos mediáticos minuciosamente gestionados por técnicos de publicidad y comunicación, y últimamente apoyados por la posverdad mediática de las *fake news*.

Hay que considerar también los errores de los gobiernos nacionales. ¿Por qué se equivocan con tanta frecuencia, sobre todo cuando son considerados gobiernos progresistas?. Son muchos los factores: no hay alternativas anticapitalistas creíbles y las conquistas contra el colonialismo, el racismo o el sexismo parecen depender de que no interfieran con la dominación capitalista; una vez obtenido el poder de gobierno, las fuerzas progresistas se comportan como si tuviesen, además de aquel, el poder económico, social y cultural que se reproduce en la sociedad en general, y con eso deja de reconocerse la gravedad o incluso la existencia de antagonismo de clases, razas y sexos; las

luchas contra el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado son siempre concebidas como si se buscara eliminar los “excesos” de estos modos de dominación, y no su fuente.

En este proyecto se plasman formas alternativas de organizar la economía, concebir la democracia, de organizar les participantes y se propone la dignidad humana, dignificar la naturaleza, promover formas de sentir y de ser solidarias, sustituir cantidades y gustos infinitos por la proporcionalidad, dejar de lado euforias desarrollistas en beneficio de límites justos y fruiciones comedidas, promover la diferencia y la diversidad con la misma intensidad con la que se promueve la horizontalidad. Fundamentalmente, no tener que ser para siempre lo que se es en un determinado contexto, tiempo o lugar.





**Sistematización de Experiencia
SALASUR 2013 - 2018**